

LA INVENCION Y LA HISTORIA EN *EL CABALLERO DE SAJONIA*, DE JUAN BENET

Al igual que respecto al costumbrismo y el naturalismo, y los tipos de relato que afirman representar la “verdad”, Juan Benet mostró muy poco interés por la novela histórica como género. Sin entrar en grandes precisiones sobre la cantidad de Historia que puede incluir una novela, en su opinión este tipo de textos resultaría problemático en su propósito de transmitir información histórica a través de un “vehículo” literario. El grado de “verdad” con que el novelista describe un referente histórico, un ambiente o un personaje, no le parece el objetivo del novelista; por el contrario, lo que constituye el carácter artístico de la novela, lo que caracteriza el oficio del novelista, son para él la imaginación y el estilo.¹ Y, no obstante, cualquier lector no dudaría en calificar de “histórica” *El caballero de Sajonia* (1992), su última novela, y tanto la información editorial como buena parte de las reseñas que se le dedicaron coincidieron en esa catalogación.

¹ No cabe duda de que pueden rastrearse contradicciones, al menos parciales, en entrevistas y ensayos del escritor, pues, al menos en una ocasión, entre las mejores novelas escritas por novelistas españoles en el siglo XX citó *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, la magnífica novela histórica de Ramón J. Sender.

En la cubierta se informa de que el texto trataría la vida de Martín Lutero, y en la contracubierta se incluye un párrafo, según veremos no muy preciso, cuyo comienzo es el siguiente: “Cuatro episodios de la vida del reformador alemán Martín Lutero, que corresponden a otros tantos momentos de su biografía, pero que se interpretan novelescamente para darles mayor profundidad, presentan al personaje cuando ya había roto públicamente con Roma, pero antes de que su rebeldía significase un gran cambio en la historia europea”.²

Habría que recordar que *El caballero de Sajonia* procede de un encargo, puesto que la editorial Planeta le propuso que escribiese una biografía de Lutero, de modo semejante al encargo de Rafael Borrás, para la colección “Ciudades en la historia”, que sí cumplió al redactar un ensayo titulado *Londres victoriano* (1989). Benet nunca escribió la biografía porque, según explicó en diversas entrevistas, la bibliografía que se ha dedicado al reformador alemán hacía muy difícil añadir algo realmente valioso.

No obstante, la documentación que leyó con el propósito inicial de biógrafo fue el estímulo que le llevó a escribir la novela. Además, en las entrevistas que le hicieron con motivo de su publicación, el escritor afirmaba que lo que narra en su novela son cuatro episodios imaginarios, inventados a partir del estudio que llevó a cabo para la proyectada obra. Esa información, contradice claramente lo arriba referido, e indica la distancia que separa el texto de la novela histórica. La elección de hechos ficticios estaría de acuerdo con la resistencia de Benet a que la novela tenga esencialmente una función informativa, docente, que él en-

² Juan Benet, *El caballero de Sajonia*, Barcelona, Planeta, 1992. Todas las citas del texto proceden de esta edición.

cuentra en el costumbrismo, y en el realismo y el naturalismo del XIX y del XX. Según veremos, como telón de fondo nos encontramos con innegables referencias históricas, al igual que personajes tan históricos como el protagonista, pero el primer plano lo ocupa lo probable, o incluso lo poco verosímil.

Con respecto a casi todo el resto de su narrativa destacarían tanto el marco como un tipo de personaje que antes no había empleado. Empecemos por la dimensión espacial. En la gran mayoría de sus narraciones, Juan Benet prefiere situar los hechos en un territorio imaginario, Región, que se localizaría en el noroeste de España, para tener mayor libertad en el ejercicio de la escritura, pero también para evitar que el lector interprete sus relatos de acuerdo con el horizonte de expectativas habitual, para que no leyera el texto de un modo realista, es decir, como la narración de hechos realmente ocurridos, en un espacio y tiempo reales. Además de esto último, la existencia de un espacio y un tiempo reconocibles como parte del pasado histórico, serían elementos necesarios si queremos que una novela pueda ser denominada “histórica”.³

El caballero de Sajonia transcurre en tierras germánicas y por tanto es la primera de sus novelas que se sitúa completamente fuera de Región.⁴ Los cuatro capítulos de que

³ La necesidad de una referencia específica en las coordenadas espaciales y temporales ya ha sido analizada por diversos estudiosos del realismo. Véanse Ian Watt, *The Rise of the Novel* (1974), y Darío Villanueva, *Teorías del realismo literario* (1992). Lo que en el texto de Watt, y otros estudiosos, se apunta como espacios y tiempos concretos en la novela histórica presentarían la especificidad de su localización en un pasado, más o menos lejano, del que existan registros históricos.

⁴ Esto también ocurre en algunos relatos breves, y, por otra parte, en otro de sus libros, *En el estado*, aunque existan algunas referencias a Región, el espacio es puramente textual.

consta se titulan según los cuatro lugares por los que pasa el recorrido del protagonista, y así la estructura argumental sería la del camino, un viaje cuyo destino desconoce Lutero. En contraste con sus primeras novelas, la trama se organiza de forma casi completamente lineal, las cuatro etapas de su viaje se desarrollan consecutivamente en un periodo de tiempo que no se precisa pero que parece ser breve, unos pocos días. No encontramos la desorganización y la confusión de la temporalidad característica de su primera etapa, y además algunas alusiones permiten fechar cronológicamente los hechos. Una de esas indicaciones se da al señalarse que han transcurrido dos años desde el saqueo de Roma por las tropas imperiales (p.148). pues se sabe que ese suceso ocurrió en 1527, y por tanto el viaje del protagonista debe fecharse hacia 1529. La fragmentación de los hechos no impide recomponer la secuencia temporal y los recuerdos del personaje, aunque no se sitúen en un momento preciso, no se confunden con lo que ocurre en el presente.

Según ha señalado la crítica, notablemente Mijail Bajtín, los motivos del camino y del encuentro son extraordinariamente importantes en la literatura occidental. El camino es el espacio adecuado para encuentros casuales, con diversos tipos de gente, de manera que junto al conocimiento de diversas capas sociales, de diversos ambientes, puede darse en él lo inesperado. En la novela de Benet esto lo vemos en encuentros intrascendentes respecto a la trama, pero también en dos encuentros fundamentales, con una mujer y un grupo de ladrones, y luego con un preso, ambos fruto del azar.

El trayecto del protagonista solo aparece en el comienzo, y en unas pocas menciones posteriores; no se narra el recorrido a través de diferentes espacios hasta llegar

a su destino final, Pottmes, y la acción transcurre casi siempre en interiores. Alejado del entorno conocido del protagonista, la narración en tercera persona, con una omnisciencia limitada, nada más comenzar el relato nos sitúa en un tipo de texto claramente ficticio. El primer capítulo se titula “Hacia Ansbach” y comienza *in medias res*:

La tarde había declinado y las nubes en pocos instantes mudaron de color para mantener la amenaza que había sostenido todo el día. Tan solo en el horizonte, tras una cerrada formación de abetos, una franja de oxidado metal predicaba una hora prematura, muy anterior al crepúsculo, con la desgrana de un anuncio anticuado, semiborrado y de sobra conocido, al que nadie ya prestara atención. Se había terminado el día demasiado pronto y el jinete no pudo evitar una sensación de malestar al pensar en otra noche más de viaje, antes de alcanzar la siguiente etapa, camino de su destino (p.5)

Resulta significativo que no se nos informe ni de la época, ni de quién es el “jinete” y que incluso la referencia geográfica no esté al alcance de la mayoría de los lectores. Poco a poco iremos conociendo esos datos, pero con una precisión menor de la que puede esperarse en un texto de características históricas, y, por el contrario, lo que encontramos es el acceso a la conciencia del personaje, sin que se presente como una hipótesis, siguiendo las convenciones de cualquier ficción.

Luego le vemos transitoriamente en una fonda, en la habitación de un monasterio, en la celda de un recluso, y la casa de un burgués, lugares emocionalmente neutros o que producen rechazo en Lutero. Y habría que añadir que del mismo modo que resulta característico en autores como Thomas Mann, los personajes históricos, especialmente los protagonistas aparecen sin una especial magnificación, como hombres, y no como seres extraordinarios.

Los espacios en que transcurre la narración en realidad se presentan poco singularizados. Casi no hay descripciones y las que se dan son poco detalladas, y no representan ningún lugar conocido, es decir, que pueda formar parte de la “enciclopedia” (según el término de Eco) de gran parte de los posibles lectores. Muchas veces una sola palabra sirve para que el lector imagine, en base a suposiciones, dónde suceden los hechos; y en otros casos, por ejemplo, cuando el personaje recuerda su pasado, ni siquiera se menciona el lugar en el que ocurrió una conversación o un incidente. Todo ello, casi no es necesario mencionarlo, no se ajusta a la técnica habitual de la novela histórica.

Un ejemplo del tipo de escenario que encontramos en la novela ya se da en su comienzo. Según veíamos en la cita anterior, Lutero cabalga en compañía de un indeseado guía por un lugar que no se precisa y del que solo se mencionan la presencia de un bosque de abetos y el aspecto del cielo. La información más relevante de los párrafos iniciales sería la del peligro que suponen las bandas armadas en esos “tiempos turbulentos”. Se detienen para cenar en un local del que solo se enumeran unos pocos elementos, en la habitación o en el comedor, de manera que lo único que sabemos es que tal sitio disgusta al protagonista, y que una mujer desagradable y vulgar se sienta con algunos hombres en “la mesa de enfrente”. Estos elementos serían preparatorios de la escena en que culmina el capítulo, el asalto de unos ladrones, el grupo que había visto con la mujer durante la cena, que confirmaría sus temores y supone una ambigua caída en el pecado al tener, contra su voluntad inicial, un contacto sexual con la mujer.

En este y en otros lugares, una característica que resultaría singular es la presentación de la naturaleza sin matices positivos. En alguna ocasión se dice que en el lugar en que

se aloja hay unos álamos y una acequia, pero no se describen y el paseo por esos lugares no supone para el personaje una experiencia relevante. A veces el paisaje es un testigo silencioso, “un cielo sin accidentes, indiferente a toda súplica” (p.21), en el que no parece reflejarse nada más allá de la materia; en otras ocasiones, según las asociaciones que señala el narrador, el paisaje resultaría opresor: al principio el cielo es “una franja de oxidado metal”, que parece un cartel medioborrado (p.5); y un poco más adelante la masa de árboles es densa como “una plancha de metal”. No se dan, por tanto, rasgos vitales, sino la asociación con minerales y metales, carentes de vida. Tal situación denotaría un estado de ánimo, quizá no solo consecuencia de que el protagonista atravesase territorios poco afectos a su causa. Ese comienzo está marcado por una emoción que impregnaría el tiempo del relato: el miedo a la violencia que, tras la Guerra de los campesinos (1524-5) en el centro y sur de Alemania, se había extendido por el país. Lutero se había opuesto a los campesinos, y en este y otros lugares expresará su temor a ser atacado o a caer prisionero. Pero también en su percepción del paisaje indicaría su soledad e incomunicación con el medio y vemos que la conciencia del protagonista, en esos años, es un objetivo central del relato.

En las retrospecciones en que recuerda su pasado tampoco se reflejan lugares tan importantes en su vida como el “Claustro Negro”, en el que pasó sus años de estudiante, o el castillo de Wartburg, donde le había hospedado Federico de Sajonia. No encontramos, por tanto, una intención documental con respecto a la Alemania de la época, y el espacio más importante, según veremos, es el espacio mental en el que se producen las reflexiones de Lutero, a veces al margen de su percepción inmediata del presente.

Por otra parte, esta novela es la primera del autor que tiene como protagonista un personaje histórico. Hasta aquí, según se ha visto, Benet evitaba cuidadosamente este tipo de personajes, tanto en las narraciones que se relacionan con la Guerra Civil del 36 como en las demás. Ahora, el narrador omnisciente en tercera persona, aunque sigue desempeñado un importante papel, se centra en ofrecernos su punto de vista. El carácter singular que ha tenido la figura del reformador en España, vista tradicionalmente como el enemigo de la fe, podría haber dado lugar a un texto de carácter apologético, pero no es este el caso. La figura histórica aparece sin énfasis ni en lo positivo ni en lo negativo. Lo mismo podría decirse del Emperador Carlos, sobre el cual el lector medio tendría mayor información; su descripción física, quizá la única detallada en toda la novela, corresponde a la iconografía que conocemos, y desde su entrada en escena, al margen de la pompa cortesana, acompañado de unos pocos consejeros, su actitud y sus palabras resultarían claramente verosímiles. En este sentido, hay otros detalles verosimilizadores de clara eficacia, como señalar, desde la perspectiva de Lutero, el acento del Emperador al hablar en alemán. Así resulta evidente que la intención del texto no es la revisión de figuras históricas, la crítica o el elogio. Su objetivo parece ser más bien exponer algunas posibilidades de la historia, imaginar en sus vacíos, sin proponerse un saber superior o suplir el saber histórico sobre el personaje y la época.

El narrador refleja sobre todo los pensamientos de Lutero pero también a veces cuenta lo que piensan otros per-

sonajes, y, por tanto, se trataría de una omnisciencia selectiva.⁵ En algún ejemplo, como cuando menciona la sorpresa que le causa a un monje el trato amable del doctor, es decir, Lutero (p.43), vemos que sirve para caracterizar al personaje en relación a su imagen pública. Esa adopción casi permanente del punto de vista del protagonista, o de uno en el que se refleje, supone que la mayor parte de la información sobre la época emane de la subjetividad del personaje.

A diferencia de lo que ocurre en otros relatos benetianos, el narrador en tercera persona no le convierte en objeto de su ironía. A lo largo del texto la distancia emocional entre él y el protagonista casi siempre se mantiene, y así vemos que de vez en cuando emplea una serie de procedimientos distanciadores, como referirse a él, ya avanzada la acción y en repetidas ocasiones, según hemos citado, como “el doctor”. Pero lo que parece claro es que el narrador no contempla desde una posición superior sus dilemas, sus problemas de conciencia, ni tiene un conocimiento completo de la personalidad del personaje. En ese sentido se nos situaría en el mismo plano de Lutero, al no haber quedado su problemática superada tras el paso del tiempo.

Desde el comienzo habría una doble dirección en el texto: la primera hacia la Historia, hacia un pasado lejano del cual se reflejan algunos “datos”, que se incorporan al relato empujados por la necesidad narrativa en una medida que sin duda puede parecer escasa.⁶ La otra dirección nos

⁵ Véase Darío Villanueva, *El polen de ideas* (1991); y Antonio Garrido Domínguez, *El texto narrativo* (1993).

⁶ Lo ha señalado acertadamente Francisco García Pérez, *Una meditación sobre Juan Benet* (1997), p.243. Véase también la reseña de Rafael Conte, *El caballero de Sajonia*, *ABC Literario* (2 de noviembre de 1991), p.3.

lleva hacia el interior del protagonista, hacia la conciencia de Martín Lutero, sobre la que el narrador imagina, elabora hipótesis y nos presenta una interpretación personal (dependiente, sin duda, de la documentación previa a la escritura). Ahora bien, al igual que en otras novelas de Benet (*Herrumbrosas lanzas*, *Volverás a Región*) los hechos históricos más importantes en su vida y en la época apenas son aludidos en la trama, aunque tampoco el relato resulte contradictorio con los referentes históricos conocidos.⁷

También como otro aspecto singular hay que señalar la elección de un personaje en que la problemática religiosa es fundamental, aunque también es cierto que la materia religiosa, las cuestiones centrales en la reforma luterana, no se discuten en la novela. La salvación por la fe, la comunión de las dos especies, las indulgencias, el matrimonio de los sacerdotes, el poder de la Iglesia, solo aparecen escuetamente mencionados, y así el lector que carezca de información al respecto desconocerá esos aspectos fundamentales ya en aquellos años de la vida del reformador.⁸ Se mencionan como temas ya muy conocidos que vuelven a su conciencia pero prácticamente no se comentan: por ejemplo, en las páginas iniciales cuando el protagonista piensa que el destino de su viaje sería una entrevista en que le iban a plantear un acuerdo sobre el tema del matrimonio de los clérigos, el lector, en base a informaciones extratextuales,

⁷ Los especialistas encontrarán sin duda objeciones, pero quizá uno de los hechos importantes que pueden destacarse entre los omitidos es su matrimonio con Katharina von Bora, celebrado en 1525. Véase las referencias en la bibliografía, por ejemplo, James Atkinson, *Lutero y el nacimiento del protestantismo*, 1984.

⁸ Véase, por ejemplo, en el último capítulo, p.125.

supone que Lutero era partidario del mismo. También, sobre todo en el último capítulo, según veremos, aparecen las importantes implicaciones políticas de la Reforma.

La novela solo ofrece algunos fragmentos de su pensamiento, y vagas alusiones al corpus de ideas, instituciones y convenciones al que se enfrentaba, de manera que su crítica de la ortodoxia parece solo visceral: insulta en algunas ocasiones al Papa, los cardenales y los teólogos de Lovaina, y no hay casi ninguna exposición de sus argumentos (si bien es cierto que, según se dice, en la entrevista con el Emperador este evita que la conversación discurra por el terreno teológico).

En el terreno ideológico nos encontraríamos con la visión desde uno de los polos, el de la Reforma, enfrentado al Papa y la teología oficial, y una tercera opción, mucho más minoritaria, la erasmista, que sería la representada por el consejero Gattinara y Carlos en el relato, quienes consideraban necesaria una reforma eclesiástica pero rechazaban los aspectos más extremos o heréticos de la doctrina luterana. La información esquemática con respecto a esta última se encuentra en el cuarto capítulo, donde se mencionan dos conocidos autores españoles, los hermanos Juan y Alfonso de Valdés (p.158), y puede añadirse que una parte de los estudiosos señala la distancia entre el reformador y el Humanismo renacentista.⁹

El título de la novela remite al periodo en la vida de Lutero, ya declarado hereje y proscrito, en que tuvo que vivir escondido en Wartburg, bajo la protección de Federico, el elector de Sajonia, adoptando la identidad de un caballero de nombre Jorge. Al no vestir sus hábitos, al ir armado, y ser tratado como caballero, el personaje tendría

⁹ Diarmaid MacCulloch señala en *Reformation* la distancia entre Lutero y los humanistas (p.118 y ss.).

una sensación de libertad que recordará luego nostálgicamente: “Mi Patmos” (p.97). La persecución le habría llevado a adoptar esa nueva identidad, pero después el personaje modelaría un nuevo “yo”, que recupera en el presente al tener que viajar de incógnito. Esa identidad, que supone una nueva relación con el mundo, se mantiene en los capítulos primero y tercero (en este solo parcialmente) pero no podría adoptarla al encontrarse con aquellos que le conocen, el diablo y el Emperador Carlos.

Según veremos, los sucesos en que se presenta al protagonista mostrarían que la conciencia no es algo muy estable. Además de la fe y la razón vemos como surgen la irracionalidad y otro tipo de razones. El “yo” sería cartesiano en cuanto a su racionalidad y engañosamente completo. La vida espiritual, especialmente en algunos episodios, no se limita a la conciencia: en el primer capítulo vemos las razones del cuerpo, su demostración en la sexualidad; lo inconsciente aparecería, por ejemplo, en el sueño premonitorio del primer capítulo, y en este y en otros casos, la irracionalidad y los prejuicios explicarían su conducta en mayor medida que su fe o la razón. En definitiva, se trataría del yo moderno, inasible, sujeto a múltiples cambios, para el que la completitud y la unidad de la conciencia resultan un espejismo.

En la exposición de ese “yo” el diálogo es una situación fundamental tanto en el presente como en los recuerdos del protagonista que aparecen narrados o parcialmente escenificados. Hay que recordar que los largos intercambios verbales de novelas anteriores de Benet, *Volverás a Región*, o, entre otras, *En la penumbra*, tenían un carácter peculiar que difícilmente encaja en el término diálogo.

Aquí, en las reflexiones iniciales se alude también a otras formas de diálogo, al debate interior permanente que mantiene en defensa de sus convicciones frente a la ortodoxia de la Iglesia. Ese diálogo, con un opositor ausente, y en el terreno de la conciencia, sería fundamental para entender al protagonista, siempre de manera limitada. El diálogo interior, reflejo de enfrentamientos reales anteriores, y de lo que piensa en el presente, mostraría la lucha para conseguir la salvación, desde la autenticidad de la fe y frente a la ortodoxia establecida, que en su opinión solo prestaba atención a la ceremonia y la exterioridad, y no a la auténtica fe. La conciencia es el escenario de la lucha entre el bien y el mal, entre razones y emociones, en la que no hay descanso posible. Es un lugar asediado puesto que en el mundo reina el desconcierto, de manera manifiesta si se piensa que el trono de Roma está ocupado indebidamente y que en ese lugar la Iglesia ha vivido secuestrada durante siglos. Al creyente le asaltan las dudas, en una lucha agónica de la fe y la insatisfacción personal frente a múltiples enemigos.

También se dan, casi siempre narradas, conversaciones circunstanciales, de pocas palabras, que servirían para caracterizar al personaje o como estímulo de la reflexión. En una de ellas, cuando en el comienzo el doctor pregunta sobre el tiempo que les queda para llegar a su destino, su acompañante responde “Lo que tarde la mula en llegar”, seguido de un comentario que no se transcribe. Estas palabras son para el protagonista el ejemplo de la falsa sabiduría de los campesinos, que solo confían en la astucia, y que se opondría al auténtico saber, basado en la fe. Más adelante, el demonio le dará parcialmente la razón pero afirmará también que es imposible separar ese saber de cualquier otro, y le recordará que los orígenes de ambos son humildes.

Creo, y no sé si es necesario señalarlo, que las ideas que expresan el protagonista, u otros personajes, no pueden identificarse con las del autor. Salvo contadas excepciones difíciles de separar del discurso de los personajes, no parece que las ideas que se intercambian sean asimilables a las del escritor, y así el personaje, como señalaba Bajtín en la novela dialógica, queda como el portador independiente de su propio discurso. No nos encontramos en un mundo único y objetivo, explicado por la conciencia privilegiada del autor, sino en un mundo enigmático del que los personajes forman parte. No son solamente “objeto del discurso del autor, sino sujetos de su propio discurso inmediatamente significante”.¹⁰ Las concepciones de los diferentes hablantes quedarán como contradictorias, en un enfrentamiento que no se resuelve, sin que pueda obtenerse como resultado final una síntesis.

En el primer capítulo no encontramos diálogos extensos con otro personaje, tal y como ocurre en los restantes, en los que le veremos dialogar con el diablo, con un reo y con el Emperador Carlos. El diálogo presente desde el primer momento se da en el interior del protagonista, que sirve para que el lector parta de una escueta información sobre algunos aspectos de su personalidad y su biografía. Poco a poco se irá concretando la personalidad del desconocido personaje, desde esa perspectiva interna, de manera que sus pensamientos o recuerdos aparecen desvinculados de los marcos que orientarían al lector. Así por ejemplo, aparece resumida brevemente su etapa de formación: no se especifica qué tipo de estudios realizó, ni las materias, sino

¹⁰ Mijail Bajtín, *La poétique de Dostoïevski*, p.33.

que de todos esos años únicamente se singulariza el recuerdo de una época de desorientación y de insatisfacción. Esa época se sintetiza en unas pocas frases que muestran que lo más importante de su paso por el Claustro Agustino en Wittenberg serían las conversaciones con dos de sus maestros, Nathin y, sobre todo, Staupitz. Las palabras de este último serían fundamentales en sus creencias religiosas, materializan lo que antes solo había encontrado en los libros, de modo que constituyen una autoridad semejante a la de la Escritura:

‘¿Por qué estás triste?’, le preguntó. ‘No sé a dónde dirigirme’, fue respondido. ‘Ah, esa prueba es necesaria –le consoló Staupitz–, de otra suerte no servirías para nada’. El otro creyó estar escuchando directamente a san Pablo (‘la fuerza culmina en la flaqueza’) y a partir de aquel día no pudo ocultar al vicario, en el confesonario, en el claustro o en la huerta, ninguna de sus muchas inquietudes. (p.26) ¹¹

En el comienzo, es con este personaje con quien piensa que el Elector ha concertado la entrevista que motivaría su viaje, lo cual parece concordar también con la compleja personalidad de Federico de Sajonia.

En las reflexiones del protagonista encontramos similitudes con las que podemos atribuir también al narrador, y quizá esto es evidente en la preocupación por las palabras, por el lenguaje. La búsqueda de la palabra justa aparece ya en las primeras líneas, cuando el ritmo del caballo en el que viaja le hace pensar en su importancia en las discusiones en que se ha visto involucrado y las que le esperan en el fu-

¹¹ Este y otros detalles están documentados en la biografía de Lutero. Véase en Diarmaid MacCulloch, *Reformation* (p.119). Tanto San Pablo como San Agustín resultan fundamentales en su concepción de la justificación por la fe.

turo. En sus meditaciones sobre materia religiosa el encuentro de un término “justo” puede iluminar una dimensión desconocida en una cuestión, una nueva dirección, y por tanto serán fundamentales en la búsqueda de la verdad. Esa lucha con el lenguaje se encuentra más tarde cuando se propone, por medio de una carta, confesar sus pecados: a pesar de que cambia varias veces el destinatario no puede concluir ninguna de sus redacciones, y en ello veríamos que a pesar de su capacidad expositiva en lo teórico no puede expresar su intimidad, no consigue una auténtica confesión, y así encontramos una cuestión central en su pensamiento: la culpa.

En los días en que comienza la acción, después de la dieta de Worms, los problemas religiosos se ven ligados a los políticos; los dos ámbitos, por más que el protagonista intente separarlos, se mezclan y se influyen. El protagonista sentiría en ocasiones que no tiene control sobre las fuerzas que ha puesto en movimiento, y se siente “un juguete de más altos designios”.

En este marco, el primer capítulo culmina en el encuentro y la lucha del protagonista con los ladrones y la desagradable mujer, con la que cometerá el pecado de la carne. Ese desenlace había sido antes entrevisto en un sueño, del que el protagonista recordará de manera imprecisa la presencia de la concupiscencia. Después, vemos que es golpeado y humillado por varios ladrones, y a continuación es violado por la mujer. Lutero responde a la agresión y continúa una relación sexual que el narrador elude precisar:

“Toda su saña fue a estrellarse en un torbellino de partículas iridiscentes, con el zumbante diapasón de su carne incoercible y sibarítica vibración, contra una masa de grosera complacencia, contra la burla carnal a su airado espíritu, más escarnecido por la salaz y no convincente administración de su

venganza que por la repetición del pecado y la afrenta” (p.34).

Así nos encontraremos con una extraña situación de partida, pero que se relacionaría con la citada idea del reformador, expresada en su *Comentario a la Epístola de los Romanos* (1515-1516): “El cristiano se sabe siempre pecador, siempre justo y siempre penitente”.

Si en el primer capítulo contrastan la reflexión interior y la relevancia de la dimensión física, primero en el combate y luego en el pecado, el segundo podría interpretarse como un desplazamiento de la dimensión humana desde un punto de vista cristiano a lo inhumano. Se trata, paradójicamente, del único episodio basado en una anécdota histórica, pues Lutero afirmaba que el diablo se le había aparecido durante su estancia en Wartburg. Aquí la acción se localiza de manera imprecisa en una celda de un monasterio, en un lugar llamado Eichstätt, y el encuentro no aparece como una posible alucinación, como algo solo imaginado, sino como una experiencia semejante a las otras relatadas. El hecho extraordinario se anuncia dos veces: primero, con la percepción de un olor en su pecho, recuerdo del pecado, que adquiere mayor intensidad sin que se dé una explicación; y segundo, cuando el doctor pronostica, en la redacción de una carta, que el demonio puede entrar en su habitación para continuar la batalla que había comenzado dos días antes (p.49). El demonio se materializa, por tanto, cuando el protagonista todavía no se ha confesado y acaba de tener un acceso de ira.

La escena del diálogo con el demonio conjuga los tópicos de la tradición, quizá de manera singular el *Fausto* de Goethe, y la inventiva del escritor, la seriedad y el humor. Mientras escribe la carta se da cuenta de que alguien ha entrado en el aposento. A Lutero el demonio se le muestra

primero parcialmente: puede ver solo una parte de sus piernas y sus zapatos, semioculto en el recinto de la bacinilla, vistiendo ropas caras pero gastadas. Además de lo que ve, imagina que está recostado y que tendría los ojos cerrados, en una posición que irónicamente se compara con una situación cotidiana, la de un cliente que espera en la barbería. Por ello en la construcción de su imagen tanto el personaje como el lector tienen que recurrir a su conocimiento previo para completarla, y lo cotidiano en la aparición modificaría las expectativas.

Al ser más lo invisible que lo visible, el diálogo servirá para identificar al visitante. Y es justamente su voz cambiante lo más singular de su presencia, el primer indicio de una extraña personalidad: primero es chillona y cantarina, según interpreta el narrador semejante a la que se utiliza para hablar con los menores; luego se vuelve más grave y persuasiva, y después más lenta (p.63). Por una parte, no se trata de una característica sobrenatural, ya que se recuerda que sería semejante a un ventrílocuo y, por otra, es un signo de versatilidad y capacidad de actuación, de representar teatralmente un papel. De este modo, la caracterización del personaje, a través del cambio de la voz y la elusión casi completa de la descripción física, la mutabilidad y la semi-presencia, dotan de verosimilitud a la escena, y apuntan a la diferencia entre apariencia y ser. Cuando se muestre en su apariencia completa destacará en él una cara de idiota, cuyo color rojizo para el narrador podría deberse a “haber tomado mucho el sol” [sic]. Lo cotidiano constituiría una imagen que se distancia de lo esperado, y una vez construida la imagen las expectativas y la propia creación se ironizan.

La omnisciencia del narrador aquí se limita al interior del personaje, desde cuya óptica se focaliza la escena, mientras que de su interlocutor solo conoceremos sus palabras y un escaso número de movimientos. El demonio posee información sobre diversas circunstancias del pasado del personaje, como el incidente en la posada, y hace algunas alusiones irónicas al futuro, que carecerían de significado para el protagonista, y mostrarían el don de la ubicuidad y un conocimiento privilegiado, que leemos irónicamente.

El discurso del diablo en mayor medida que los demás resulta imprevisible. Adopta un tono coloquial que incluso podría parecer en algún momento excesivo, pero el principal objeto de su charla también debe inquietar a su oyente: el destino de los territorios imperiales.

Se presenta a sí mismo como un poder alternativo al divino que habría sellado con él unos pactos secretos, en los que se habría producido un reparto entre lo espiritual y lo material. En esta esfera lo importante para él son los hechos, y su actuación se centra en buscar el bienestar del hombre, en su existencia material, y de este modo aludiría también a las concepciones reformistas de la separación de poderes, que iba a cristalizar en los países protestantes, frente a las concepciones de Roma.¹²

Por un lado, admite su naturaleza perjura y blasfema y, por otro, rechaza su relación con los endemoniados y poseídos, que era comúnmente admitida en la época, según se sabe. Tales explicaciones de su papel en el mundo, su versión del enfrentamiento que tuvo con Dios, no sería in-

¹² Reinhard Koselleck recuerda que, en general, la Reforma en Alemania se interpreta como una victoria de los soberanos locales, que confiscaron los bienes de la Iglesia y sus privilegios (*L'expérience de l'histoire* p.169).

verosímil, y resultaría preocupante su defensa de posiciones similares a las del doctor (como su rechazo a los místicos), que incidirían en sus dudas sobre los efectos de la Reforma en la realidad religiosa y política de Europa: se equipara a él al comparar sus rebeliones, contra Dios y contra Roma, ya que él se habría opuesto a que el estado definitivo del hombre fuera la contemplación, la pasividad, por ser más propio de la condición humana la actividad, la búsqueda.

En su discurso su tono conciliador y paternalista, en apariencia desinteresado, viene marcado por constantes matices irónicos y humorísticos, como, por ejemplo, cuando se define a sí mismo como un filántropo, al decir “Ante todo la seriedad comercial, la honradez alemana”, o cuando afirma que en un terreno intermedio entre el espíritu y la materia están “los indiferentes, algunos funcionarios, muchas mujeres y todos los sibaritas” (p.81). Y también, si no me equivoco, en sus palabras encontramos un uso deliberado e irónico de la anacronía, que le situaría junto al lector y al autor (implícito) en un plano distante del pasado histórico. Un ejemplo de ello lo encontramos cuando dice que tras los pactos con Dios a él le quedó la economía, o cuando culpa a su política de “relaciones públicas” de su mala imagen. De forma imprevista atacará la figura de Cristo, quien según él era un hombre que “disfrutaba durmiendo, se perdía por una siesta” (p.85), y esto provoca la cólera del doctor, quien hasta entonces se había mantenido permanentemente tenso, y concluye la entrevista.

Al no responder a las previsiones del protagonista, al no ofrecerle ningún pacto ni afirmar nada en contradicción con su actitud hacia Roma, puede quedarle alguna duda sobre su propia conducta, o puede pensar que justamente su

intención era infundirle la inseguridad. Y así del encuentro solo pueden sacarse conclusiones contradictorias, bajo la impresión de que se trataba solo de un juego, de un entretenimiento del demonio. En definitiva, resultaría intranquilizadora la coincidencia de ideas, e igualmente el hecho de que el protagonista repetirá ante el Emperador algún razonamiento que ha escuchado al diablo, esto es, en el episodio que tendría mayor trascendencia para la historia europea.

El segundo diálogo extenso lo mantiene con un preso acusado de asesinato, sobre el que le han pedido opinión al saber las autoridades locales que se encuentra de paso en el lugar. No le piden que juzgue su culpabilidad porque, en realidad, el hombre es objeto de lucha entre una ciudad y un señorío, y él lo que tiene que decidir es la jurisdicción a que correspondería el caso.

Este encuentro ejemplificaría un tipo de situación en la que se mezclan la esfera pública y la moral, lo político y lo privado. La visita del protagonista le sitúa en el terreno de la vida cotidiana y también ante una situación de tintes absurdos. En un primer momento, consciente de su capacidad de influencia, piensa cambiar la orientación de su visita y ofrecerle el perdón de su vida, pero la actitud del condenado le hará cambiar de opinión.

La historia del prisionero sería semejante a la de muchos en tiempos de escasez, pues se había dedicado de manera furtiva a la pesca y otras actividades, pero parece que tras un desgraciado incidente se habría vengado y habría golpeado a un vigilante causándole la muerte. El doctor se dirige a él repetidas veces, de acuerdo con la doctrina cristiana, pero este no le presta mucha atención, no niega los hechos ni da muestras de arrepentimiento y solo parece interesado en cenar. En esa actitud ve el protagonista el

ejemplo de los campesinos revoltosos que aún amenazaban la paz en los territorios imperiales.

Al final de la entrevista el reo abandona su mutismo y pasa de acusado a acusador de Lutero afirmando que el beneficio de la absolución solo recae en la conciencia de los eclesiásticos, que creen (o fingen creer) haber cumplido su misión. El diálogo fracasaría y el doctor termina insultándole, pensando que se trata una vez más de una influencia diabólica.

Su conciencia, no obstante, no habría quedado tranquila puesto que en el viaje de vuelta piensa desviarse de su trayectoria para interesarse por el destino del prisionero. No lo hace porque en una nota se nos informa de que lo encuentra ajusticiado y desfigurado en un camino próximo al lugar en que estaba prisionero. Esa nota, la única sección en que se narran hechos futuros, fuera del marco temporal del relato, mostraría su percepción del fracaso en un asunto nimio, un caso que podría haber tratado con ecuanimidad, en el que no existía ninguna implicación personal que pudiera enturbiar su juicio, pero que tiene un final en el que no resplandecen la justicia ni su piedad cristiana.

En este y en otros lugares, el enfrentamiento entre el poder espiritual y el material, entre los principios morales y los aspectos sociales y políticos de la vida, constituirían un tema fundamental. Casi siempre encontramos relaciones ambiguas de poder, situaciones paradójicas que no admiten una simple definición. Y así, según se ha visto, en el primer capítulo el protagonista responde violentamente al ejercicio de la violencia y su victoria parcial frente a la mujer, en el plano físico, supone una derrota en cuanto que se transforma luego en el pecado. En su enfrentamiento con el demonio y con el Emperador, su posición sería de inferioridad pero su respuesta ante ambos es bien distinta.

Frente al reo su posición es de superioridad en todos los órdenes y, sin embargo, al igual que ocurre en otras narraciones de Juan Benet, como en el magnífico relato titulado “Horas en apariencia vacías” que incluye *Sub rosa*, se da una inversión en las posiciones: en realidad la respuesta ante la acusación del prisionero es impulsiva, no es ni racional ni muestra de conducta cristiana, dedicándole poco tiempo y despreocupándose de buscar la verdad y la justicia en el caso.

Veremos, por tanto, que su capacidad persuasiva fracasa al intentar convencer al reo, como fracasa su capacidad retórica cuando quiere redactar su confesión por escrito, y ello contrasta con su competencia como escritor de textos doctrinales y como traductor al alemán de los textos sagrados.

Después de atravesar otros lugares, algunos no precisados, llega al final de su viaje, a Pottmes, donde dialogará con el Emperador Carlos y su consejero Gattinara.¹³ De nuevo aquí el lugar aparece solo esquemáticamente representado: se trata de la casa de un caballero, unas habitaciones de construcción reciente donde de manera precipitada se han dispuesto algunos muebles. Aquí Lutero se siente solo en medio de la lucha política, utilizado por fuerzas para las que la Reforma eclesiástica sería solo un factor más a tener en cuenta. Recuerda que solo por la influencia del elector había emprendido el viaje, algo que luego no admirará ante el Emperador.

¹³ Mercurino Gattinara (1465-1530) fue Gran Canciller de Carlos V, formaba parte del Consejo que le asesoraba en cuestiones referentes al gobierno de España y Alemania. Llevó a cabo importantes reformas, entre las que figura el impulso para la creación del Consejo de Hacienda. Según se ve, la actuación del personaje resultaría verosímil. Véase John H. Elliott, *Imperial Spain 1469-1716*.

En esta última escena encontramos un debate ideológico que de forma verosímil corresponde al lugar y la época. Carlos y Gattinara representan la concepción del estado y la teoría política imperial en un escenario nuevo en el que la Reforma luterana cobra una creciente importancia. En las dos posiciones que se enfrentan influiría el pasado, en especial, la dieta de Worms y el decreto imperial que había convertido al protagonista en un proscrito. Lutero quiere el reconocimiento paritario de su confesión, pero para Carlos la unidad alemana es fundamental en la política imperial, y el fundamento religioso del Imperio excluía la posibilidad de que existieran dos religiones en un mismo territorio. Este enfrentamiento suponía una constante amenaza de guerra civil, que resultaba más probable por la actitud de Roma, Francia y los turcos.

Carlos y su consejero le presentan como el objetivo de su política la creación de una monarquía universal, un cuarto imperio. Esto ya resultaría conocido por su interlocutor, cuya reacción cautelosa supondría una concepción de la modernidad, que recuerda a la posición que mantenía el demonio en el capítulo segundo. El diálogo como negociación muestra tanto como esconde, versa también sobre temas circunstanciales, pero conocemos los pensamientos del protagonista gracias al narrador.

La actitud de Lutero durante algunas secciones del diálogo cae en la descortesía, en unas formas bruscas o en comentarios impropios, alguno sobre Maximiliano, el abuelo de Carlos. No obstante, ello no impide que el Emperador con tacto diplomático haga, ya cuando se encuentran solos, un ofrecimiento que resulta sorprendente y que habría supuesto un giro en el curso de la historia europea: la revocación del edicto, la convocatoria de un concilio con las dos confesiones y su posible elección para el papado, a

cambio de su participación en la política imperial. El final supondría una tácita aceptación de Lutero, pero la última frase que pronuncia, “Que el Señor ayude al piadoso Carlos, una oveja entre los lobos. Amen”, hace presagiar el fracaso, en consonancia con el desarrollo histórico que conocemos.¹⁴

En este y en los otros capítulos, salvo en las secciones en que se emplea el estilo directo, hay una unidad de estilo y un tono personal del narrador, en sintonía con el protagonista, que hace que quizá no podamos definir la novela como totalmente dialógica. Por un lado, no encontramos la pluralidad extraordinaria de mundos y lenguajes como en las novelas de Fedor Dostoievsky, pero, por otro, tampoco creo que pueda verse como conclusión una unidad del mundo superadora de la subjetividad del sujeto. En mi opinión, aunque las voces de Lutero y la del narrador desempeñan los papeles centrales, las de los tres interlocutores no resultarían asimilables a ellas, no quedan incluidas en una síntesis totalizadora.

En cualquier caso, es perceptible la distancia que separa el texto de la novela de tesis, donde las ideas son la conclusión del relato, concepciones del autor que constituyen su principio constructivo. Las ideas aquí, a veces solo aludidas, están incorporadas a los personajes. La conciencia del protagonista se presenta en interacción con las ideas conocidas, de las que discrepa, las de la ausente ortodoxia, y las de sus interlocutores a lo largo de la obra.

¹⁴ Guy H. Wood, en su reseña en *ALEC* 18 (1993), interpreta el planteamiento de la novela como un oscuro presagio sobre el renacimiento alemán de finales del XX.

El viaje, en palabras del protagonista, puede interpretarse simbólicamente como el camino de la vida, el itinerario imprevisto que el hombre recorre sin conocer su destino. Y en él encuentra que los peligros que acechan no solo son físicos y que la fe del hombre y sus ideas son puestas a prueba, desafiadas o negadas por la experiencia. Se yuxtaponen elementos heterogéneos, las entrevistas con el Emperador, con el diablo o el delincuente, lo recordado y lo vivido, la reflexión religiosa y las relaciones carnales, el espíritu y la vulgaridad de la vida, pero, según se ve, de manera incompleta y fragmentaria.

El personaje busca la soledad para profundizar en su fe, alejado de sus amigos con los que solo puede comunicarse por medio de cartas, mientras sus relaciones con el prójimo resultan conflictivas. El “otro” o carece de relevancia o parecería un tercer término, al margen de su relación con Dios, tanto si no alcanza rasgos individuales, como la mujer con la que cae en pecado, como si se presenta en las formas conocidas del siervo o del gobernante.

Como en otras narraciones, Benet juega con los patrones genéricos, y en cierta medida los invierte. En la novela histórica el elemento ficticio aparecería en función de la información histórica, los hechos documentados, que son un elemento fundamental en este tipo de novela. Aquí queda reducida al mínimo la información ambiental y “de época” y lo que se intenta reconstruir es -parcialmente- el marco mental del personaje, unas experiencias en las que lo más importante no es el rigor pero que tampoco son una fantasía sin base.

En el texto se ponen en relación con la historia hechos claramente ficticios, se desplaza a la historia del centro, que solo serviría de apoyo a la invención, a lo no-ocurrido y lo que pudo ocurrir.

El caballero de Sajonia recordaría indirectamente que el saber histórico no es definitivo, que la conciencia del individuo queda siempre como objeto de especulación. Ni la información histórica que suministra el texto ni la introspección psicológica terminan de explicar la figura histórica o el momento, y dadas esas voluntarias insuficiencias, el texto no podría entenderse como una corrección o un suplemento del relato histórico, sino que apuntaría a la experiencia estética del lector y supondría un caso particular en el “pacto de lectura” que atañe al contenido histórico del texto.

Ninguno de los diálogos, ni siquiera el último, que sería el objetivo final del viaje del protagonista, resuelve nada. Los problemas planteados quedan abiertos, enigmáticos en su lejanía y su inasimilable distancia (diferencia). Para Juan Benet la novela no puede presentar respuestas a las cuestiones importantes, sino que ella misma es un sistema de preguntas. En ese sentido no es extraño que predomine en el libro lo incompleto, la especulación, y que haya que buscar fuera del texto, en el relato inacabado de la Historia, un pasado que no resulta menos incierto que el futuro.